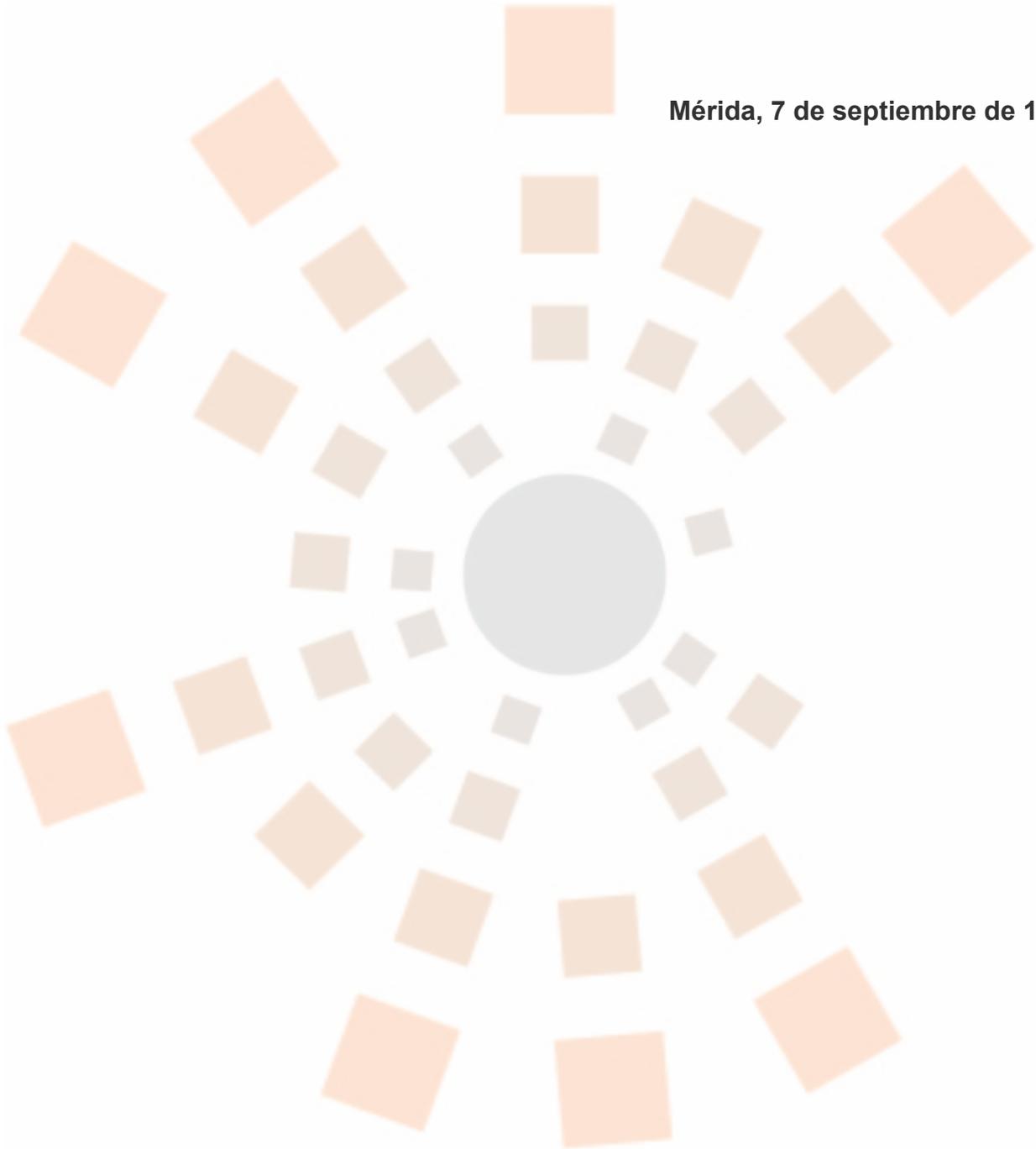


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO  
DE ENTREGA DE LAS MEDALLAS DE EXTREMADURA**

Mérida, 7 de septiembre de 1992



## **INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE ENTREGA DE LAS MEDALLAS DE EXTREMADURA**

**Mérida, 7 de septiembre de 1992**

Dignísimas autoridades, representantes de las Méridas del mundo, Sras. y Sres. queridos amigos, Sres. galardonados.

Me parece que ya, a estas alturas de la autonomía extremeña, a nadie le cabe la menor duda de que nuestra capacidad de autogobierno ha sido beneficiosa para Extremadura, aún a pesar de los errores de quien la gobierna.

Pero el sistema autonómico no debería ser sólo un instrumento para que los extremeños midamos nuestra felicidad, en función de nuestra posición, en relación, con las restantes Comunidades Autónomas.

Necesitamos tirar los prismáticos que enfocan permanentemente lo que hacen los demás. El telón de fondo de todo inmovilismo es dejar que el comportamiento y situación de los demás sea más significativo, más importante que el nuestro.

La clasificación autonómica, el ranking regional y el lenguaje económico parecen ser los dos únicos baremos por los que se mide el desarrollo de los pueblos.

Esa peligrosa pendiente, que nos lleva a la alegría o a la frustración, en función de que estemos más alto o más bajo en la escala clasificatoria regional; o que nos produce alegrías o disgustos, en función de que las magnitudes macroeconómicas nos sean favorables o adversas, no puede hacernos perder de vista otra serie de valores que conforman una sociedad, y que le dan una solidez que, los extremeños, estamos en óptimas condiciones de aprovechar.

En primer lugar, quienes tenemos la responsabilidad de gobernar las instituciones, ya sean locales, regionales o nacionales, tendremos que hacer un saludable ejercicio de modestia para entender y practicar el diálogo, no ya con quienes lo tienen garantizado a través de las diferentes instancias institucionales, sino con el conjunto de la sociedad que, en más ocasiones de las debidas, percibe un enorme abismo entre representantes y representados.

En segundo lugar es exigible que quienes tienen capacidad para opinar, elaborar ideas, presentar alternativas, se comprometan con una región que, durante más tiempo del debido, fue abandonada por quienes se ahogaban en ella, o por quienes se acomodaban en sus anacrónicas estructuras.

En tercer lugar, todos estamos obligados a practicar un ejercicio responsable de lealtad con la región que suponga un ejemplo para quienes, sin duda, serán el futuro esplendoroso de una tierra que necesita tiempo para conseguir todos sus objetivos, pero que ha iniciado un proceso irreversible hacia el progreso: me estoy refiriendo a la juventud.

Esa juventud extremeña a la que hay que inculcarle el orgullo de ser extremeños, pero también el orgullo de ser seres humanos, es decir personas solidarias.

A esa juventud hay que enseñarles que los cientos de africanos que cruzan el estrecho en pateras, arriesgando sus vidas (que es lo único que tienen) no lo hacen por placer o para delinquir. No viven por capricho hacinados en sórdidos cubiles de unos pocos metros cuadrados. No atraviesan España en tristes caravanas, remolcando la casa en viejos coches destartados, porque no les gusten los mercedes y los buenos hoteles.

A esa juventud hay que recordarles que esos emigrantes hacen esas cosas, como lo hicimos nosotros hace 20 ó 30 años, porque lo necesitan.

A esa juventud hay que decirles que nosotros, ciudadanos europeos, no podemos sentirnos superiores, mejores, más limpios y con más derechos. Es mentira; sólo tenemos más dinero, y parece, que, cada vez, menos solidaridad, y menos afán de igualdad y de justicia que es, lo que quiero que derrochen quienes tienen 18 años y todo el futuro por delante.

En cuarto lugar tenemos que aprender la historia diaria tal como es y no como quieren enseñárnosla quienes tienen poder económico para contarla.

Si saliéramos ahora mismo a la calle, fuera de nuestra Región, y preguntásemos a las cien primeras personas que nos encontrásemos, y que no conozcan Extremadura, cuál es su opinión sobre nuestra región, es muy probable que un alto porcentaje respondiera:

Un sitio donde se cayó Montserrat Caballé, donde andan todo el día con las expropiaciones de "Cabra Alta y Cabra Baja", donde un senador dicen que copió en un examen, y donde ocurrió la matanza de Puerto Hurraco.

Hay que reivindicar ante los responsables de esa leyenda negra, y hacerles comprender, que mientras nuestra región ha evolucionado extraordinariamente, no lo ha hecho paralelamente ese tipo de mentalidad basada en la ignorancia y en el prejuicio sobre nosotros, e incluso contra nosotros.

Es molesta esa mala fe de algunos respecto a nuestra realidad actual, pero es imperdonable que todavía desde dentro se quiera valorar como positivo todo lo que ocurre fuera y como negativo todo lo que ocurre dentro. Ese es el mejor caldo de cultivo para que, quienes desde la tendencia hacia un cierto amarillismo o negrura, animen a quienes no permitiéndose ya bromas con Extremadura, no dejan de jugar fuerte, y con todos los instrumentos a su alcance, la carta de la insolidaridad interregional.

En estas circunstancias, me resulta gratificante hablar de las dos Instituciones que en este año han sido reconocidas con la concesión de la Medalla de Extremadura.

Ambas cuentan con una dilatada historia a sus espaldas: La "Normal" de Cáceres, me permitirán que la denomine así, produciendo y el Monasterio de Guadalupe, permaneciendo. Porque, en efecto, las tareas son diversas; de la Escuela de Magisterio cacereña se esperaba, en el momento de su creación, precisamente lo que ha hecho, poner a disposición de Extremadura cientos, miles de maestros que han intentado, en las más duras condiciones personales y del medio, llevar a las Escuelas y los niños de la región, las luces suficientes para enfrentarse a su destino con alguna garantía de éxito. Vaya para esos abnegados profesionales nuestro reconocimiento, encarnado en la Medalla al Centro de Formación, del que salieron ilusionados para dispersarse por los pueblos de esta tierra, y algunos fuera de ella no para alfabetizar sino para alfabetizarse en una lengua que no era la suya.

Por su parte, la labor del Monasterio relevante a estos efectos, es decir, además de las tareas espirituales y religiosas propias de su condición y comunes a los demás centros similares, ha sido la de ir convirtiéndose en un foco, si me permiten la expresión, de extremeñismo militante, y la de permanecer como tal, con ese sesgo de perdurable conciencia regional, a través de los decenios y a través de todas las cambiantes circunstancias políticas de su entorno social. Y ahí su entusiasmo al acoger, cómo no decirlo, con humildad franciscana, un glorioso patrimonio artístico y al sumarse entusiásticamente, siempre dentro de los cánones de la comedida actitud que caracteriza sus pronunciamientos, a la celebración extremeña y española del Quinto Centenario del Descubrimiento.

Pero hay algo en común entre las dos instituciones galardonadas que me gustaría resaltar. Se trata de su capacidad para trascender a las personas que han trabajado en ellas a través de estos larguísimos años.

Recordamos a algunos directores de la Normal y a algunos Piores de Guadalupe, ¡cómo olvidarlos! pero lo que queda es la impresión de un denodado esfuerzo de profesores y monjes anónimos que iban sumando su callada labor en beneficio de la Corporación a la que pertenecían. Pues bien, creo que eso debería ser el trasunto de nuestra Extremadura; creo que sería bueno que dentro de decenios, sin olvidar a las personas concretas que actuaron en uno u otro momento, lo que quedase, fuera la idea de Extremadura como región, como pueblo y como comunidad humana, construida por el esfuerzo de cientos de miles de extremeños anónimos que aportaron su trabajo y su lealtad al desarrollo de su región, porque, como en el caso de las catedrales, esas son las obras que duran más allá de los siglos.

Muchas gracias.